

ERAN asuntos de trascendencia incalculable para toda la Iglesia los que en el año 49 llevaron a S. Pablo a Jerusalén. Estaba en litigio la esencia misma de la religión cristiana. Se discutía si, en definitiva, la salvación nos viene de Cristo o de la Ley de Moisés. Pablo subió desde Siria para confrontar con Pedro y los demás apóstoles el evangelio que él predicaba “no fuera a ser que hubiera trabajado en vano”. (Gal. 2,2). Ni los apóstoles en privado, ni el concilio de Jerusalén, reunido por este motivo, tuvieron nada que objetar a la predicación de Pablo. El era tan apóstol como los demás. Una sola cosa quisieron recomendarle: *que nos acordásemos de los pobres. Lo cual, por mi parte, me esmeré en cumplir* (Gal. 2,10).

De cara a la realidad

Los pobres eran una de las preocupaciones más acuciantes de la iglesia de Jerusalén. Las malas cosechas, las persecuciones y las confiscaciones de bienes que desde el principio padeció aquella comunidad, hacían crecer constantemente el número de los necesitados.

La actitud que los apóstoles adoptaron ante esta realidad es aleccionadora. Su actividad, más que a consolar directamente al pobre con la exhortación a la paciencia —de lo que tampoco faltan ejemplos (Hb. 10, 34-36; Sant. 1,2)—, se dirige a excitar en todos el sentido de la solidaridad cristiana. En el socorro de sus necesidades materiales encontrará el pobre el mayor de los consuelos: el de saberse acompañado en el dolor y sentirse rodeado de hermanos que hacen lo que pueden por aliviarle, aunque quizás no lo consiguen del todo. Entonces bro-

colectas para los pobres en la iglesia primi- tiva

Manuel Domínguez, S. J.

tará de su corazón una plegaria de gratitud al Padre, quien le dará gracia para comprender y aceptar con amor el misterio de la pobreza cristiana.

Las dos colectas de que nos hablan el libro de los Hechos y las cartas de S. Pablo son una prueba de la conciencia ecuménica de los primeros cristianos y un ejemplo palpable de cómo vivir en la práctica ese dogma fundamental de la comunión de los santos.

«Dispuso Dios la naturaleza para la mutua comunión, empezando El mismo por comunicar sus propias cosas y por comunicar a todos los hombres su propio Logos, haciendo todas las cosas para todos. Todas son pues comunes y no han de llevar ventaja los ricos»

(Clemente de Alejandría. *Pedagogo*, II, 12 119-321)

Ambas colectas fueron realizadas por las iglesias provenientes del paganismo en favor de sus hermanos judíos. Hacia el año 44 una gran hambre asoló las tierras de Palestina. Los cristianos de Antioquía contribuyeron todos, cada uno según sus posibilidades, a la reunión de subsidios destinados a los pobres de Jerusalén. Los encargados de realizar este *ministerium* fueron Pablo y Bernabé.

Unos diez años más tarde el mismo Pablo promueve otra colecta de ma-

yor alcance. Casi todas las iglesias de Asia y Grecia participan en ella. Pablo dicta normas precisas sobre cómo ha de realizarse, envía delegados suyos a cada una de las iglesias y él mismo, con los designados por la comunidad, se dirige a Jerusalén para llevar personalmente los socorros. (1).

Un servicio sagrado

San Lucas y San Pablo usan, generalmente, para designar las colectas la palabra *Διακονία* (*ministerium*), que en el Nuevo Testamento envuelve siempre un matiz religioso. (2). Es ésta una idea que se olvida con frecuencia. Para el cristiano, socorrer las necesidades de su prójimo constituye un acto tan radicalmente religioso como la preocupación por la oración o por el culto. Al abrazar su religión, ha aceptado, como una de sus obligaciones primordiales junto con creer y dar culto al Dios verdadero, socorrer, en lo que esté de su parte, todas las necesidades de sus nuevos hermanos en la fe. Este socorro mutuo es un acto característico de nuestra religión. "Liturgia", es precisamente otra de las expresiones que San Pablo emplea para designar estos servicios de caridad (2 Cor. 9,12). La beneficencia constituye una nueva liturgia de alabanza. En la Epístola a los Hebreos (13,16) se llama a las obras de beneficencia víctimas agradables a Dios. (3).

(1) Los pasajes en que con toda seguridad se trata de estas colectas o se alude a ellas son: Act. 11,29; 12,25; 1 Cor. 15,1ss. 15; 2 Cor 8 y 9; Rom. 15,25ss; Gal. 2,10; Act. 24,17.

(2) Cfr. F. ZOREL: *Lexicon graecum N. Testamenti*. París 1961, col. 296. La Sagrada Escritura. Madrid. 1962. BAC. II, 557 nota.

(3) Cfr. S. JUAN CRISOSTOMO: *Homil. in 2 Cor.* 20,3, MG 61,540. S. CIPRIANO: *«De Opere et Eleemosynis* (Sobre las obras benéficas y la limosna) ML. 4,632. 636.

Las razones y el sentido profundo de esta actitud típicamente cristiana, las apunta S. Pablo en los capítulos 8 y 9 de la segunda carta a los corintios en que trata de excitar su generosidad en la colecta por los pobres de Jerusalén. Comentaré algunas de sus ideas.

El sello de la verdad

Lo primero que llama la atención es que S. Pablo, en una carta en que ha de tratar asuntos gravísimos respecto a su autoridad apostólica y al orden interno de la comunidad, dedique un espacio tan largo a un asunto que hoy puede parecernos secundario. Pero en el pensamiento de S. Pablo esta caridad para con los pobres y especialmente para con los pobres provenientes del judaísmo, tiene una trascendencia decisiva en su obra de apostolado universal.

El impedimento más grave que tenía S. Pablo en su obra de apostolado entre los gentiles, era la oposición de los judíos. No cabe duda de que, a pesar de la rotunda aprobación que las ideas y las prácticas apostólicas de Pablo recibieron en Jerusalén, quedaban todavía entren muchos de los judíocristianos ciertos recelos contra él. Se le consideraba como un innovador no del todo de acuerdo con el auténtico cristianismo que, a fin de cuentas, había nacido en Palestina en un ambiente judío enormemente respetuoso de las tradiciones antiguas.

Contra estos recelos Pablo no tenía otra defensa que el desplegar ante todos la garantía de autenticidad que Jesús había señalado para distinguir a sus verdaderos discípulos: "En esto se conocerá que sois mis discípulos: si os amáis los unos a los otros." Los corintios —la iglesia más representativa de la gentilidad— sacrificando generosamente parte de sus bienes para socorrer a sus hermanos judíos, demostrarán con toda evidencia la sinceridad de su fe. Judíos y gentiles, unidos por la caridad

de Xto. en un sólo corazón y una sola alma, son el argumento irrefutable de la verdad del evangelio predicado por S. Pablo. Así, escribe: *La prestación de este sagrado servicio no sólo proveerá abundantemente a las necesidades de los santos, sino que..., al experimentar ellos este ministerio vuestro, glorificarán a Dios por vuestra fidelidad al evangelio de Cristo.* (2 Cor. 9,12s).

En ningún momento deberá ser olvidada esta lección de S. Pablo. Pero cuando las barreras que separan a muchos cristianos entre sí y, en consecuencia, a todos ellos de Xto. son de orden social, su práctica se hace imprescindible. Los pobres nunca podrán reconocer como auténticos cristianos a quienes no realicen una generosa comunicación de bienes con ellos. Tienen a su favor el testimonio de Xto.: "No sé quién sois...pues tenía hambre y no me disteis de comer, estaba desnudo y no me vestisteis." (Mt, 7, 23; 25, 42ss).

Una gracia de Dios

La actuación de S. Pablo en favor de los pobres de Jerusalén no obedece a una simple medida diplomática para captarse el favor de quienes podían oponerse a su actividad apostólica. No se excluye esta intención (4), pero su honda concepción teológica de la beneficencia cristiana le impide considerarla como mero instrumento de apostolado.

Unos meses después de escribir esta carta, hablando a los presbíteros de Efezo, Pablo les recuerda que uno de los motivos que han de impulsar al cristiano a trabajar en este mundo es el de procurarse medios para poder socorrer a los necesitados y a los débiles. A sus labios aflora espontáneamente

(4) ALLO: *Seconde Epître aux corinthiens.* París 1956. p. 207

la frase de Jesús: "*Mayor felicidad hay en dar que en recibir*" (Act. 20,35) Para el cristiano, participar a costa de sacrificios en el socorro de los necesitados, es una gracia especial de Dios. El ejercicio de la limosna, según S. GREGORIO NACIANCENO, implica una divinización del hombre. Nada más divino tiene en sí el hombre que la potestad de ejercitar la beneficencia (5).

Es significativo el término que emplea S. Pablo para designar la participación en la colecta. Utiliza la palabra *χάρις* (*gracia*), que en el Nuevo Testamento designa fundamentalmente la benevolencia de Dios con los hombres (6). Para S. Pablo, participar en la colecta, equivale a obtener una participación en ese amor creador y eterno.

Esta *χάρις*, este amor infinitamente fecundo y difusivo de Dios, es el que desborda en Xto. y con cuya participación el hombre se justifica y alcanza el "*don inenarrable*" y gozo pleno de la filiación divina. Toda gracia que recibe el hombre la recibe de la plenitud que hay en Cristo. Y ya conocéis —escribe Pablo— *cuál es la gracia de N. S. Jesucristo, que siendo rico se hizo pobre para que vosotros os enriqueciéseris con su pobreza* (2 Cor. 8,9). El amor de Cristo es un amor de entrega y de desprendimiento. Y este amor es el amor nuevo que El ha venido a poner en el corazón del hombre, un amor que es el distintivo de los hijos de Dios. La caridad para con el prójimo es para el cristiano la obra más característica de su nueva naturaleza. Amar al Padre en los hermanos es el acto que especifica a los hijos de Dios. Realizar estos actos constituye el mayor gozo del cristiano (Act. 20,35) y poner al hombre en disposición de realizarlos, una gracia inmensa de Dios (2 Cor. 8,1).

Esta concepción paulina de la beneficencia hace ver con claridad cómo la entrega total de la vida a las obras de caridad con el prójimo, es un modo de vivir, con plenitud y hasta la perfección, la vocación esencial de cristiano.

Para establecer la igualdad

La desaparición de las divisiones, las diferencias y las desigualdades injustificadas, es una preocupación constante en la vida de S. Pablo. La comunión total de vida entre los fieles exige necesariamente una cierta regla de igualdad entre ellos. La idea de que la finalidad de la comunicación de bienes entre los cristianos es tender a esta meta de igualdad, aparece enérgicamente resaltada en las líneas escritas por S. Pablo con ocasión de la colecta. "*No que haya de resultar holgura para los otros y estrechez para vosotros, sino igualdad. En la ocasión presente, vuestra abundancia remedia la indigencia de ellos a fin de que la abundancia de ellos venga en socorro de vuestra necesidad de modo que se establezca la igualdad*" (2 Cor. 8,13s).

Esta igualdad cristiana en la participación de los bienes la ve S. Pablo prefigurada en la igualdad que existió entre los israelitas cuando Dios se constituyó administrador directo del sustento del pueblo durante su peregrinación por el desierto (Ex. 16,18). En el cristianismo esta igualdad se realiza en lo material y en lo espiritual. Los ricos se igualan a los pobres compartiendo con ellos los bienes materiales y los pobres hacen partícipes a los ricos de los méritos de su pobreza. La comunión de los santos es comunión de bienes materiales y de méritos sobrenaturales (7).

(5) *Discurso sobre el amor a los pobres* MG 35, 892s.

(6) ZORELL o. c. V, 1496.

(7) A LAPIDE: *Comment. in Epist. S. Pauli.* Turín 130. II, 78.

Que en esta comunión cristiana de bienes hay una parte fundamental exigida obligatoriamente y otra que es obra de generosidad, creo que se deduce del modo de hablar de S. Pablo. Que las riquezas tienen dentro del cristianismo una finalidad necesaria de socorrer, de uno u otro modo, las necesidades de los pobres está fuera de duda. (8) Pero el intento de establecer una reglamentación precisa para determinar los límites entre lo supererogatorio y lo que obliga en conciencia, cae fuera de la intención de S. Pablo y de los demás apóstoles. Ellos afirman que entre los cristianos ha de haber igualdad en el uso de los bienes y que esa igualdad —que ciertamente no es homogeneidad— no permite que unos anden sobrados y otros no tengan lo necesario. Pero establecer cuál ha de ser la contribución concreta de cada individuo para llegar a esa igualdad, se deja al sentido cristiano de cada uno. “Dad con alegría, según vuestras posibilidades, lo que cada uno en su corazón haya determinado dar” (2 Cor. 8,11s; 9,7s).

El cristiano debe tender, más que a buscar una norma jurídica a la que atenerse rígidamente —hay en ello peligro de fariseísmo—, a dejar oír en su interior la voz del Espíritu que le enseñará cuál es, en este punto, la conducta propia de un hijo de Dios. Su alma debe estar abierta a la generosidad, persuadido de que “poderoso es Dios para hacer abundar en nosotros toda gracia, a fin de que *teniendo todo tiempo cuanto nos sea necesario* tengamos *aún sobrante para toda obra buena*” (2 Cor. 9,8).

Frutos de las colectas

Sabemos que el fruto de la primera colecta, realizada en Antioquía, fue

distribuido entre los fieles, pero que no bastó para resolver la grave situación de la comunidad. Por eso, pocos años después vemos a san Pablo empeñado en una colecta de alcance ecuménico. Las iglesias que no pudieron participar con dinero lo hicieron con oraciones. S. Pablo consiguió llegar a Jerusalén y entregó el dinero a los discípulos para que lo distribuyesen. Probablemente nuevas confiscaciones y persecuciones hicieron fracasar el éxito material de la colecta. De hecho, en la carta a los hebreos, escrita unos seis años más tarde, se alude a la pobreza y al robo de sus bienes que estaban padeciendo entonces los judío-cristianos.

Pero el éxito espiritual fue, sin duda, grande. Los corintios, lo mismo que los macedonios, respondieron generosamente a la llamada de la caridad. Pablo habla a los romanos del fruto de la colecta y se muestra satisfecho de la eficacia de la caridad entre judíos y gentiles (Rom. 15,25ss). La Iglesia entera ha vibrado ante las necesidades de una parte de sus miembros y se ha renovado en todos la vivencia de su fraternidad universal.

Esta efusión de la caridad de Dios en el corazón de sus hijos fue, sin duda, el fruto más valioso de las colectas. Pero también los cristianos de todos los siglos se aprovecharán de aquella empresa generosa y genial de S. Pablo. La inserción en la Escritura de esos dos capítulos de la segunda carta a los Corintios en los que se manifiesta con tanta luz la caridad ecuménica de la iglesia primitiva y se contienen tan profundas enseñanzas sobre el significado de la beneficencia cristiana y el sentido fundamental de las riquezas en el cristianismo, es ya un fruto inapreciable de aquellas colectas. También nosotros podemos exclamar lo mismo que S. Pablo al prever el fruto de la colecta: “*Gracias sean dadas a Dios por este don inefable*” (2 Cor. 9,15).

(8) A LAPIDE o. c. II, 77; 85ss.